

Bosques de bambú, Kamakura, Japón 1592

Una última gota se desprendió desde el techo de la cabaña y fue a caer en el cubo colocado a tal efecto. La gotera habitaba la casa desde hacía más de diez años, cerca del doble de lo que llevaba en ella su último ocupante, quien estaba recolocando todos los objetos de la pequeña cocina en su sitio, ya que, como era costumbre, habían amanecido desperdigados por toda la habitación.

Inmediatamente después del chapoteo resultante, Alexander dirigió su atención al viejo cubo, no porque hubiera oído la gota al caer, sino porque había llegado a sentir ese tipo de cosas. Ese era el principal motivo por el que no aguantaba que los objetos no estuviesen en su sitio, porque perturbaban su armonía. El hombre recorrió los cuatro metros que separaban el fogón del marco de la puerta, donde la gotera había marcado su territorio persistentemente durante los últimos tres meses de lluvia, y levantó el pesado recipiente del suelo para dejarlo sobre la mesa con un ágil movimiento. La gotera se calló por fin.

Fuera unos tímidos rayos de sol hacían su aparición por primera vez en lo que llevaban de año, 1592 según las costumbres occidentales aunque 4289 para los residentes de la isla y el resto de Asia. Alex lo contaba como el año doce, puesto que ese era el tiempo transcurrido desde su llegada, y para él comenzaba ese mismo día más que en Enero o en la entrada del sol en piscis, en la casucha situada en medio del bosque, el final de las lluvias era lo que a su entender representaba el inicio del año.

El veterano guerrero empujó la puerta con energía, haciendo chirriar los goznes metálicos, gritando como dos enormes ratas asustadas. Para él no hubo ruido alguno que perturbase la cálida sensación de la primera caricia del sol de ese año. Se apartó la alborotada melena y se rascó la profusa barba cana con gran ímpetu, se sentía especialmente vivo y disfrutaba con el momento. En breve, se aventuró fuera de la casa para recibir el primer día del año en todo su esplendor. Salió con un andar grácil que contradecía su aspecto tosco y pesado, cierto que había ganado algo de peso en los últimos años, músculo en su mayor parte, pero no por ello dejaba de ser un luchador entrenado de movimientos ágiles y precisos.

Camino girando lentamente sobre si mismo, para sentir el aire de la mañana y el calor del sol sobre todo su cuerpo. Tras sus pasos, las enormes sandalias dejaban grandes surcos en el suelo, que estaría embarrado aún una semana más. Poco a poco Alexander se había acostumbrado a llevar las dichosas chanclas y el incómodo trozo de tela remendada que los demás llamaban kimono y que él llamaba maldita bata del demonio. En realidad, ni la una ni las otras le resultaban nada agradables de llevar, pero había aprendido que su antiguo uniforme despertaba desconfianzas y miedos entre los lugareños. De todos modos, casi nadie se internaba tanto en el bosque como para acabar en el chamizo de Alex, en parte por que quedaba a casi dos kilómetros del camino más cercano, pero sobre todo, porque sandalias o no, el viejo ermitaño extranjero seguía dando miedo a la gente.

Satisfecho con su baño de sol, McGregor se ajusto la maldita bata del demonio a la cintura y se internó por el sendero que se adentraba en el bosque, como todos los días. Siguió la huellas que había dejado ella, aunque cada vez le era más difícil, incluso a

pesar del mal estado del suelo y de lo cargada que iba cada mañana. Se permitió tener un breve sentimiento de orgullo. Entonces encontró algo que disipó el pensamiento anterior: a partir de cierto punto del camino, las huellas eran más profundas y descuidadas, visibles para cualquiera que pasase por el lugar. Era extraño, nada propio de ella ser tan dejada, así que se inclinó y acercó más la cabeza al suelo, tratando de ver algo más, algo que pudiese justificar la presencia de esas huellas tan aparatosas.

Caminó así unos cuantos metros, interesado y ligeramente preocupado por lo que hubiera podido ocurrirle a la muchacha. Avanzó despacio, con cautela, pero sin ojos más que para el curioso enigma. Esa falta de atención propició que pisase cierta rama camuflada entre el barro y las hojas, con el consiguiente crujido de alerta. Sin embargo, el ruido no lo alertó, sino que lo hizo su otro sentido, el mismo que le erizaba los pelos de la nuca cuando algo estaba fuera de su sitio, en esta ocasión le permitió notar una pequeña corriente de aire a su espalda. McGregor se irguió y dio media vuelta, la pesada rama que se había balanceado desde lo alto de un árbol hasta él, se partió en dos justo antes de golpearle la cara. Los pedazos rozaron ambos lados de su cabeza. El diestro guerrero balanceó la hoja que había interpuesto entre la trampa y él mismo, la hizo girar dos veces sobre su mano derecha y la devolvió a su sitio, oculta por el kimono. Sonrió y se permitió un sentimiento de orgullo mucho mayor.

Cuando llegó a su destino, las cosas no diferían apenas de lo que se encontraba cada amanecer, como esperaba, la leña descansaba en pilas a los lados del tocón en que estaba clavada el hacha, las garrafas descansaban a un lado, llenas de agua del riachuelo, e incluso había un par de salmones semienvueltos con unas pocas hojas.

<<Mañana le pediré que me cace un oso o dos -medito con humor.>>

A escasos metros, ella permanecía ensimismada en su danza como cada mañana, la misma que él se había esmerado en transmitirle. Sostenía entre sus manos una larga vara, que apoyada en el suelo se elevaría palmo y medio por encima de su cabeza, y la hacía girar sobre sí misma. La alternaba de una a otra mano al tiempo que saltaba sobre ella, se inclinaba y la hacía volar sobre su cabeza para recogerla y cambiarla de mano otra vez. Había llegado a un punto de concentración en que arma y portadora eran una sola entidad.

Era un bello espectáculo verla practicar, y también asustaba la rapidez con que había llegado a dominar aquel arte, como si ya formase parte de su ser. Y es que salía cada madrugada con intención de entrenarse, horas antes de despuntar el sol, en ocasiones completamente a oscuras y a veces en medio de lluvias torrenciales, sin faltar ni una sola vez, soportando grandes cargas e incluso lesiones... No muy distinto a él mismo en su juventud, reconoció. ¿Era Alex aún capaz de vencerla? Sí, sin duda alguna sí, aunque adiestrarla había sido un ejercicio inesperadamente intuitivo y eficaz, casi como recordarle algo que ya conocía, todavía necesitaría algunos años para perfeccionar todo lo que le había enseñado.

<<Y puede que yo no esté ya en plena forma, pero me cortaré el brazo izquierdo el día que no pueda medirme con una docena de hombres más jóvenes que yo y salir victorioso>>.

El viejo escogió una piedra del suelo y midió su peso y forma, a continuación se la lanzó con fuerza a la muchacha. Era la manera en que daba a conocer su presencia cada día. Ella se detuvo en medio de una pirueta como si un rayo la hubiera paralizado en el sitio, alzó la mano libre y capturó el proyectil en pleno vuelo, con decisión. Se giró, para observar al recién llegado.

Alex sonreía, la visión de la muchacha siempre le arrancaba una sonrisa. Desde donde estaba, parcialmente iluminada por los rayos del sol que penetraban entre los árboles, la jovencita asiática proyectaba una imagen de gran belleza y simpatía, con sus profundos ojos oscuros como la noche y un largo y sedoso pelo de color negro azulado. Llevaba el cabello recogido en una interminable cola de caballo y hacía saltar la pequeña piedra sobre su mano al tiempo que devolvía la sonrisa al viejo ermitaño. Súbitamente su expresión cambió, entrecerró los ojos y apretó los labios, mientras hacía amago de lanzar la piedra a la cabeza de McGregor, para inmediatamente cambiar el objetivo y soltar la piedra en dirección a su pie derecho.

El veterano guerrero atrapó la piedra en el aire, cazándola de un rápido pisotón y aprisionándola con una de sus estúpidas chanclas contra el suelo.

Ella se estiró el parpado inferior con el dedo índice y le mostró la lengua, era su peculiar manera de decir <<¡Hola, maestro!>>. El viejo le había enseñado la manera adecuada para saludarle, pero ella había decidido que le parecía más divertido así. Se quedó observándola, llevaba año y medio allí y ¡qué poco sabía de ella en realidad! Ni siquiera conocía aún su nombre, aunque por lo que ella contaba, tampoco era capaz de recordarlo. A falta de un nombre real, al principio solía llamarla "maldita chica del demonio", desde luego no era muy original con los apelativos, pero cuando ella comenzó a comprender lo que él decía, cambió el sobrenombre por el de "chica lista".

-Bueno chica lista -dio a entender mediante gestos- veamos que has aprendido.

El filo de mar, océano Pacífico, 1590

A bordo del *filo de mar* las ratas eran tan grandes y abundantes que se las consideraba parte del pasaje, en alguna categoría entre la segunda y la tercera clase. La única diferencia en cuanto a privilegios y obligaciones con referencia al resto de los pasajeros consistía en que no tenían necesidad de pagar el billete, ya que llegaban a bordo perfectamente acomodadas entre los barriles de cereales y los sacos de patatas y tabaco. Era mercancía cargada en el nuevo continente, con que después la tripulación traficaría en las islas de Japón.

Uno de estos pasajeros privilegiados, un ejemplar hirsuto y de gran tamaño, disfrutaba de parte de esa misma mercancía que le había permitido subir a bordo. Este animal tan bien alimentado, que entretenía sus ratos libres persiguiendo al terrier del contra maestre, ostentaba la jefatura tácita entre todos sus congéneres que pretendían conservar la mayoría de sus miembros. Eso hasta que un cuerpo de unos 60 kilos lanzado desde la puerta de la bodega aterrizó sobre él y aplastó al roedor juggernaut contra la pared.

El cuerpo en cuestión era el de una muchacha oriental de cabellos negros, a la que al parecer habían apaleado con saña, ya que presentaba múltiples moratones y heridas. La pobre chiquilla, cuyos enormes ojos negros le conferían un engañoso aire de niña, se esforzaba por levantarse del suelo, a pesar de que los brazos le temblaban y resbalaba cada vez que los apoyaba en el suelo. No consiguió sino incorporarse sobre el antebrazo y alzar la vista para lanzar una mirada suplicante a sus maltratadores. La visión de la pobre criatura, apenas capaz de abrir los ojos y los varios surcos de sangre seca recorriéndole desde la frente a la barbilla y desde la boca al cuello; la visión de sus cabellos despeinados cruzándole la cara y pegados a esa misma sangre, su ropa rasgada y sus esfuerzos por respirar... esa visión debía bastar para ablandar el corazón a cualquiera con un mínimo de humanidad.

-Bírala ahora... -El que hablaba era uno de los responsables de la paliza, un enorme japonés, de casi dos metros de largo por lo que parecían uno y medio de ancho. Poseía un aspecto inquietante, con su jersey de cuello alto que le cubría todo hasta las enormes y pobladas patillas. Tenía un labio partido y pronunciaba con un raro acento mientras bajaba a trompicones los tres escalones de la puerta de la bodega- ...tan bodosita, tan frágil y desvalida. Con esos ojos de cachorrito subiendo que no le beguen más. -el gigante avanzó sin prisa por la bodega, recorriendo los casi diez metros que había surcado la muchacha en su vuelo.- Nada que ver con la zorra traidora de hace un rato, ¿verdad? -pronunció está última pregunta mientras sus pequeños y malvados ojos le prometían que no tendría tregua alguna.

-Venga, Sasuke... -el otro apalizador avanzó con agilidad hasta su compañero. Lucía una despejada calva al frente, aunque en la parte trasera de la cabeza peinaba una larga melena. Éste hombre, también de origen japonés, era bastante más pequeño que su compañero, casi hasta parecía un enano a su lado, y cuando hablaba, su enorme bigote, que pendía hasta más abajo de la barbilla, se movía de un modo bastante cómico. Por el aspecto de ambos, estaba claro cual de ellos había podido lanzar a la chica con tanta fuerza. El compañero posó una mano en el enorme hombro del que llamaba Sasuke, y le habló con calma.- ...déjala ya, ¿de acuerdo? Limitémonos a devolverla a su jaula y

tengamos más cuidado esta vez. -el pequeño parecía más conmovido por el lamentable estado de la joven, o tal vez le preocupaba la posibilidad de malograr la mercancía.

-Sólo que Ryuji no nos podrá ayudar a bantener a la fiera atada. -Sasuke se palpaba la herida del labio, sin dejar de observar a su presa ni por un momento, incluso mientras escupía la sangre a un lado, seguía mirándola de reojo. La respiración de ella se había calmado un poco y trataba de levantarse un poco más con la ayuda del otro brazo.

-No me tomes por tonto, compañero, tú te alegras tanto como yo de dividir la paga en dos en lugar de tres.

-Quizá, pero me sentiré mucho más alegre cuando bache un boco bús la cara de esta bocosa. -diciendo esto el gigante realizó un torpe movimiento con el pie y barrió los brazos de la chica sobre los que aún estaba apoyada. Aún demasiado exhausta para evitarlo, perdió el equilibrio y se golpeó la cara contra la madera del suelo.- Abrende cual es tu lugar, bequeña zorra. -Sasuke flexionó la pierna y alzó su enorme pie hasta casi un metro por encima del suelo. Todo lo que la desvalida muchacha podía ver desde el suelo, era la suela de una bota que estaba a punto de machacarle la cara.

Inesperadamente, ante la atónita mirada de su compañero, Sasuke dio un traspies y cayó redondo al suelo.

El titán se irguió profiriendo un tremendo gruñido, se quedó sentado en el suelo y se llevó la mano a la frente. Lucía una enrojecida marca circular en pleno entrecejo, la señal que le había dejado el objeto con que Alex lo había golpeado.

Y frente a él, el viejo McGregor lo observaba con total parsimonia, sosteniendo la escoba como si de un arma se tratase. Llevaba un rato observando la escena desde las sombras, tratando de entender lo que decían, pero su dominio del japonés aún no era perfecto, y la extraña pronunciación del más grande, con ese tremendo hematoma hinchándole el labio, empeoraba las cosas. Por defecto, prefería no actuar sin estar seguro de lo que ocurría, y sólo lo que era una brutalidad evidente lo había hecho abandonar su escondite.

-¡Bastardo limbiacubiertas! -bramó Sasuke- ¡Voy a hacerte tragar esa escoba! -a la vez que decía esto, se apoyó en una mano y trató de levantarse, pero no pudo, porque Alex lo volvió a golpear en la cara con la escoba, esta vez con el lado del cepillo. Hasta tres veces trató de ponerse en pie el japonés, y otras tantas lo golpeó el otro con la parte sucia de su improvisada arma. A la cuarta McGregor dio vuelta y media al palo y sacudió a Sasuke con tanta fuerza que, al caer noqueado al suelo, varios dientes se desprendieron de su boca abierta.

El otro hombre se había echo a un lado y después había permanecido inmóvil, en realidad le importaba un carajo lo que le sucediese al subnormal de Sasuke, e incluso había estado tentado de detenerlo cuando estaba a punto de pisar a la chica. Miró al recién llegado, lo había visto subir junto al resto del pasaje de segunda. Segunda, menudo chiste, todos los que subían a bordo del *filo del mar* sabían que los pasajeros no eran más que una tapadera para el contrabando de productos americanos y que el mejor camarote era el del capitán, porque aún conservaba casi todo el suelo. Por eso, nadie se

metía con los demás, alguien tan desesperado como para embarcarse en esa tumba flotante no tenía mucho que perder.

-Mira, no quiero problemas, ¿de acuerdo? -el calvo melencólico se dirigía a Alex con suavidad y respeto- solamente déjame llevarme a la chavala y te prometo que no le haré daño, ¿está bien?

<<¡Maldito bigote! -pensaba McGregor- le cubre casi completamente la boca, ¿de qué demonios me estará hablando? Presta atención Alex...>>

El bigotudo se movía lentamente hacia adelante, no parecía amenazador, pero Alexander no quería que se acercase a la muchacha. Lo vigilaba atentamente, sin dejar de mirarle fijamente a los labios.

-Oye, amigo, te aseguro que lo último que quiero es que esta monada sufra daños, ¿me entiendes? Si te apartas y me dejas pasar, cuidaré de sus heridas. En cuanto a Sasuke... -miró a su compañero, tendido en el suelo- bueno, pues puedes hacer con el lo que quieras, siempre ha sido demasiado estúpido.

El caso es que estaba bastante convencido de que el calvo no representaba ninguna amenaza, pero no podía estar seguro. A cada paso que daba este, Alex se movía hacia él cortándole el paso, tratando de ganar tiempo. Súbitamente el japonés se abalanzó sobre él, cansado ya del juego, había decidido que podía tumbarlo si lo pillaba desprevenido. Alex detuvo las primeras acometidas usando la escoba con movimientos fluidos, repetidos hasta la saciedad, pero el tono de la pelea cambió cuando en medio de un giro, su contrincante lo sorprendió blandiendo lo que parecía un machete de cocinero.

El viejo McGregor tuvo algunos problemas cuando el arma blanca se unió a la trifulca, puesto que quedaba patente que su contrincante sabía utilizarla. Él se hacía a un lado, se echaba hacia atrás o desviaba los ataques con el palo de su arma, pero pasando apuros, puesto que esta no estaba equilibrada y el japonés atacaba de modo que la partiría en dos si bloqueaba el machete directamente. Entonces Alex comprendió lo que hacía mal, usaba la escoba como si tuviese en sus manos su antigua vara de combate, y delegaba en ella gran parte de la precisión de sus movimientos, cosa que no podía permitirse con ese viejo trozo de madera. En la siguiente embestida del otro, saltó hacia atrás, le lanzó la escoba al cuerpo, y cuando este la agarró golpeó la mano del machete con una patada a la media vuelta. Sin darle tiempo a sobreponerse, lo tumbó con una rápida barrida de pies y agachándose a la velocidad del pensamiento, le descargó un golpe fulminante con la palma de la mano en medio de la frente.

Alex se puso en pie pensativo, el tipo había sido más duro de lo que había supuesto, aunque en ningún caso un contrincante de su nivel. Una vez que ambos estuvieron fuera de combate se giró hacia el rincón donde yacía la muchacha, urgía comprobar su estado. Pero extrañamente, el rincón se hallaba vacío. En la cara del viejo casi se podía leer la sorpresa. Sin embargo, enseguida descubrió el rastro de sangre que recorría el suelo en dirección a... Sasuke. De rodillas junto a él, la muchacha se mantenía enderezada a costa de un gran dolor que se reflejaba en las lágrimas que brotaban de sus ojos. Entre sus manos sostenía un enorme cuchillo que había cogido del cinto del gigante.

De haber podido, Alex habría gritado algo para hacer que se detuviera, pero no podía. La muchacha hundió el cuchillo en el tórax de Sasuke, en medio del corazón.

Alex McGregor se preguntaba a quien acababa de salvar.

Afuera de Sendai, Japón, 1549

Sostener aquella cara imperturbable mientras una desconocida de ojos más negros que la noche sostenía un tembloroso cuchillo a un centímetro de la garganta de Alex no era tarea fácil. Pero, tras cuatro intentos de examinar la gran herida que la joven tenía en el costado soldado con gruñidos, respiración forzadísima y algún arañazo, al viejo no le había quedado otra opción que poner el arma junto a su propio cuello y hacer gestos a la chica de que podía sostenerlo si así se sentía más segura. Ella lo había entendido perfectamente, lo cual era positivo, pero su inteligencia parecía estar muy por encima de su pulso, lo cual en aquellas circunstancias resultaba inquietante. Sin embargo Alex sabía que ella no le mataría...no voluntariamente, al menos. Cuando alguien pone su vida en tus manos para ayudarte, empiezas a dejarte ayudar, y el viejo lo sabía muy bien.

La herida tenía mal aspecto, con un enorme hematoma verduzco rodeando un corte de tres centímetros, pero, gracias al agua fresca que había podido robar en zonas teóricamente inaccesibles para él en el Filo del Mar, la había mantenido limpia durante los dos días que la chica había permanecido dormida en el agujero que Alex había convertido en su camarote durante la larga travesía. No había peligro evidente de infección, así que Alex decidió que era un buen momento para apartarse de aquella vacilante hoja.

Mientras la asombrada joven seguía mirándole, Alex miró alrededor. Se frotó el cuello con una mano y miró el rojo atardecer desde su posición. Las delgadas nubes parecían disolverse de una mayor, y las sombras estaban condenadas a no alargarse más en aquel desagradable día que había empezado con el Filo atracando en Sendai y terminaría con una despedida. Alex se inclinó sobre la chica y dejó junto a ella una cantimplora y un pequeño zurrón que había preparado, con arroz, pan, algo de carne salada y unas monedas. Tampoco se preocupó por el cuchillo o porque volviera a usarlo como lo había usado contra aquel gigantón en el barco. Simplemente cogió sus bolsas, abrió la envoltura que el personal del barco había aplicado a su katana al embarcar, la colgó de su cinto y echó a caminar sin recibir ni una mirada de la joven.

Sabía que ella le seguiría, pero quería asegurarse de que fuese su propia elección.

Por eso no le sorprendió volver a ver a la chica en medio de la noche, cuando aquellos ojos negros se dibujaron en la oscuridad y la chica apareció entre los árboles, andando hacia la hoguera, con un gesto altanero en la cara pero tiritando de frío. Tampoco ahora se miraron. Alex simplemente utilizó todo el respeto que pudo para coger una manta y dársela, y ella utilizó todas las fuerzas que le quedaban para aparentar que, aunque la aceptaba, no la necesitaba. Bajo la tenue luz de aquella hoguera se fraguó un pacto sin palabras que duraría mucho tiempo

Once días después

"Recuerdo aquel día porque he despertado en mitad de la noche con ese sueño en la retina un millar de veces. El sol era radiante, cosa poco normal en casa, pero aquel verano estaba siendo especialmente espectacular. De hecho, hacía un calor de mil demonios. Fue la época en que salía a la calle con mi cámara por las tardes, cuando ya había renunciado a que nadie se tomara en serio mi trabajo como fotógrafo, pero cuando aún me ilusionaba capturar la belleza del mundo. Cuando aún era un soñador. Recuerdo el aburrimiento en la plaza, enfocando a dos pájaros sin la más mínima intención de disparar. Suspiré y moví la cámara sin querer, abajo a la derecha. Aquella niña se acercaba corriendo a la fuente y moví el zoom del tele para verla mejor. Metió las manos en el agua, se echó hacia atrás y se limpió la cara con ella. Tuve la suerte de reaccionar, de hacer aquella foto. Cuando la revelé, vi los cientos de gotas volar como diamantes perfectos, alrededor de una cara que se intuía feliz entre las manos alzadas, con un fondo desenfocado porque el destino había considerado que era innecesario. Supe que jamás me pagarían un centavo por aquella foto, pero que siempre sería mi favorita."

Con un suspiro melancólico, Alex cerró el rústico cuaderno y acarició la tapa. "No olvides", rezaba en portada. Desde una pequeña elevación de terreno en la que se había acomodado, dirigió su mirada al camino de tierra que los años de carromatos habían dibujado. La chica de pelo moreno se balanceaba, tratando de mantener el equilibrio con los brazos en cruz, sobre la valla que delimitaba los terrenos de algún granjero, como ignorando la presencia de Alex sobre la loma, o como recriminándole su lentitud. Ella disfrutaba el viaje, y parecía incansable.

La joven se había adaptado rápidamente a su rutina, y muy pronto había aprendido cuál era la hora apropiada de recoger leña, cómo evitar enfriarse en las noches húmedas y hasta qué punto la comida escaseaba para dos viajeros, aunque esto último no parecía importarle, pues comía cantidades ínfimas de comida, aunque hasta mucho después Alex no descubriría por qué. La chica era una compañía agradable, hasta el no demasiado lejano punto en que sabía ser agradable. Sus profundos ojos escudriñaban el paisaje y a veces señalaba algo para que Alex se fijara. Un cerezo en flor, un zorro escondiéndose en el bambú o algo así. Alex solía sonreír y mirarla, pero ella era imperturbable. Se veía el entusiasmo en sus ojos, casi nunca en una sonrisa, aunque su humor mejoraba a medida que pasaban los días y aquella noche de dolor en el Filo del Mar se alejaba.

El viejo se levantó y respiró hondo el aire fresco de la mañana. Trató de recordar cuándo había sido la última vez que había hecho unos ejercicios, y calculó que al menos habían pasado cuatro o cinco días. Se sentó de nuevo y adoptó una postura cómoda, poniendo la mano derecha vertical, frente a su pecho, y la izquierda, horizontal, justo debajo, como si sostuviese a la primera sobre un pequeño colchón de aire. Levantó la cabeza y comenzó a dejar el aire fluir.

Siempre perdía la noción del tiempo cuando meditaba. Así que jamás supo cuánto tiempo llevaba ella allí, pero cuando giró la cabeza, la chica de pelo negro se había sentado tras él, un poco a la derecha, y había adoptado la misma postura.

Permanecía allí, inmóvil, con los ojos cerrados y una inescrutable expresión de paz que daba belleza a su rostro por primera vez desde que Alex la conociera. Lo más sorprendente, sin embargo, no era que la chica imitase sus ejercicios de meditación. Sino que no la había sentido llegar, fijarse en él, sentarse ni permanecer allí dios sabe cuánto tiempo. Nadie había logrado burlar así los sentidos del viejo Alex en muchos años. Ni siquiera allí de donde venía. Ni siquiera en el hogar de los más poderosos. Ni siquiera en casa.

Ni siquiera en Paragon City.

Alex puso lentamente una mano sobre el hombro de la chica, que abrió los ojos sobresaltada y a punto estuvo de echarse hacia atrás. La expresión de Alex la retuvo. El viejo simplemente cogió la mano izquierda de la chica y la elevó un poco hasta que estuvo en el lugar correcto, justo sobre el tercer chakra, y la hizo levantar un poco la barbilla. Mediante gestos, le recalcó la importancia de respirar hondo. Ella asintió gravemente.

La joven jamás volvió a equivocarse en aquella postura ni un milímetro.

Bosques de bambú, Kamakura, Japón 1592

-Bueno chica lista, veamos que has aprendido.

La muchacha no necesitó que se lo repitieran, afirmó la vara con ambas manos, la elevó y la hizo girar dos veces sobre su cabeza. Tras girarla una tercera vez en sentido vertical, la aprisionó bajo el brazo derecho y se lanzó a la carrera abriendo la carga con la mano izquierda alzada, abierta, con los dedos señalando hacia el cielo.

El viejo se tomó un momento para estudiar el ataque. Por supuesto conocía la posición, era una posición básica de carga. Existían dos movimientos efectivos para efectuar a continuación, Alex visualizó la imagen de "chica lista" ejecutando dichos movimientos:

Aún a cierta distancia de él, las rápidas, casi invisibles, zancadas de la chica se hacían por fin visibles en dos últimos pasos más medidos y pausados. Ella afianzaba el pie derecho en el barro y giraba en el sentido de la mano alzada. A media vuelta desplegaba la vara en toda su longitud y describía un largo arco con ella, dirigiendo el extremo del arma directamente a la barbilla de su oponente. Un movimiento potente, de gran efectividad si se ejecuta con perfección. Pero un movimiento de difícil defensa, y pocas posibilidades de acertar cuando el adversario lo conoce. Alex, haciendo alarde de abdominales, se inclinó hacia atrás para evitar el golpe y recuperaría la verticalidad para cargar contra ella cuando aún se encontrase a medio giro.

Movimiento número dos. La chica amagaba el giro a la distancia estipulada, pero no desplegaba su arma. Completaba su giro y seguía adelante para volver a virar mucho más cerca y ejecutar un doble barrido, con la pierna derecha y a continuación con la vara. Más rápido y difícil de evitar que el anterior, engañoso y de mínima exposición por parte del atacante. La clave estaba en percibir el engaño, aprovechar el primer giro para tomar la iniciativa y barrer al contrario.

Claro que Alex empezaba a conocer bien a la joven, y sabía que bastaba que él hubiese marcado aquellos ataques como básicos, para que a ella ni se le pasase por la cabeza el usarlos. La demostración llegó inmediatamente, cuando, tras apoyar firmemente el pie izquierdo en el barro, giró sobre sí misma y lanzó la vara al aire describiendo una alta parábola en dirección a McGregor. En lugar de completar el giro, la mujer saltó de espaldas y ejecutó cuatro volteretas seguidas a gran velocidad hacia el lugar en que se encontraba su oponente.

La última pirueta dejó su espalda a un metro de Alex. Veloz como el rayo, se agachó y ejecutó un barrido con el pie izquierdo, luego con el derecho. El viejo brincó en ambas ocasiones, elevándose apenas unos centímetros del suelo. Ella se puso en pie y miró fijamente a los ojos de su mentor, sonrió y estiró ambos brazos en dirección al cielo. La vara cayó y quedó fuertemente sujeta en sus manos. En seguida echó un pie atrás e hizo un esfuerzo para atacar con un giro del bastón. Pero no lo consiguió. Al alzar la mirada comprobó que su maestro también sujetaba el arma con ambas manos, no había conseguido engañarle.

El viejo tomó nota de la maniobra, no carecía ni de estilo ni de efectividad. Sin dar oportunidad a la chica de sobreponerse a la sorpresa, aprovechó su mayor fuerza para tirar de la vara y atraer a "chica lista" hacia si. Dio un paso a su derecha y consiguió que ella se desequilibrase. Levantó el pie y trató de conectarlo en un golpe con el tobillo de la mujer, quien fue más veloz y bloqueó la patada alzando la rodilla y oponiéndola a la rodilla de Alex. A sabiendas de que ella carecía de equilibrio, el viejo cambió la posición de sus manos sobre el palo y giró para oponer su espalda al pecho de la muchacha. A continuación impulsó con fuerza el arma hacia delante, llevándose tras de ella a la chica, que salió disparada por encima de la espalda del viejo.

"Chica lista" dio una voltereta en el aire y aterrizó sobre su brazo extendido. Se dio impulso y cayó de pie. De inmediato cambió a otra posición de combate, ahora el arma lo tenía él.

Voz femenina: Aún no encuentro el sentido de esta manipulación.

Voz masculina: Me aseguro de que es convenientemente adiestrada. Debe sobrevivir al proceso.

Voz femenina: Veo poco probable que él fuese el único capaz de lograrlo.

Voz masculina: No era el único, tan sólo el más adecuado. Ahora que ya ha cumplido con su papel lo quitaré de en medio.

Voz femenina: Muy bien, este será el segundo envió, recuerda: tienes derecho a uno más.

Alex se sentía bastante satisfecho. Sujetó la vara y la giró varias veces, velozmente. Afirmó ambos pies sobre el suelo y se puso en posición de combate. Ella le esperaba, con expresión concentrada.

El viejo sopesaba las distintas posibilidades con que contaba, sin perder de vista los ojos de la muchacha, tratando de leer sus intenciones. Entonces el gesto de la chica cambió. Había abandonado su posición de combate y se había erguido para mirar con cara preocupada algún punto a la espalda de McGregor. Éste no se lo pensó mucho, cierto que podía tratarse de un engaño, pero tenían un implícito código ético entre ellos que nunca violaban. Además, iba conociendo las expresiones de "chica lista", y ahora su cara emanaba sinceridad.

Se giró. A cierta distancia, en medio del bosque, una columna de humo llenaba el cielo. Calculó la posición y supo que se trataba de su cabaña.

Se volvió hacia la muchacha, soltó la vara y <<quédate aquí>> le dijo mediante gestos. Ella asintió, no quería perder tiempo discutiendo. Ambos sabían que le daría unos segundos de ventaja y a continuación le seguiría.

Alex McGregor desapareció entre los árboles.

De haber partido en dirección contraria, hubiera descubierto a un atónito Sembhei Kudo oculto entre los bambúes. Sembhei llevaba un buen rato observando los

movimientos de ambos contendientes, tratando de determinar las posibilidades que tendría de vencerlos en conjunto. Pocas, se había dicho, si alguna. Aún así, lo más probable es que hubiera acabado por enfrentárseles, aún sin esperanzas de ganar, puesto que tenía un encargo que cumplir. E increíblemente algo había hecho que se separasen. No podía creer su suerte.

El viejo iba enumerando sus escasas posesiones al tiempo que corría hacia la casucha. Ropas, dinero, armas... nada le importaba realmente, excepto su diario. El diario que venía escribiendo desde hacía nueve años y que tanto había llegado a significar para él. El único recuerdo de quién era y de dónde provenía.

Al llegar al lugar se encontró una grotesca escena: tres grandes hombres con hábitos de fraile reina y charlaban frente a la ardiente cabaña, mientras echaban maderas y deshechos para alimentar el ya desbocado fuego. Uno de ellos le descubrió y le gritó:

-¡Hola héroe! Te has tomado tu tiempo ¿verdad? -¿héroe? Alex se preguntó cuanto tiempo hacía que nadie le llamaba así. Entonces advirtió que el encapuchado monje, aunque no era tal, sino que llevaba la palabra "mercenario" tatuada en la frente, le había hablado en perfecto inglés. De hecho, le era difícil estar seguro, pero diría que había utilizado deformaciones modernas del lenguaje...

-¡Hey héroe! -escupió el más cercano a él- Parece que se te está quemando algo. -y estalló en carcajadas. Alex recuperó la noción de la situación, no importaban esos hombres, importaba su diario. Echó a correr en dirección a la puerta, despreocupándose de los mercenarios. Uno de ellos se interpuso, desplegando los brazos en cruz tratando de impedirle el paso. El viejo recordó que no traía el palo, pero no lo necesitaba para tumbar a aquel tipejo. Un par de metros antes de llegar a él, dio un impresionante salto. Justo frente al mercenario, en pleno salto, giró y golpeo el aire con una pierna y después con la otra, a centímetros de su barbilla.

-¡Ja, eso...! -el falso fraile no terminó la frase, al caer Alex aprovechó la distracción creada para soltarle un brutal golpe en la entrepierna. El tipo cayó y McGregor entró en la casa en llamas.

"Chica lista" había recogido la vara y contaba hasta cien sin moverse del sitio. La cabaña no estaba demasiado lejos y el maestro posiblemente ya estaría allí. <<Cien -se dijo a si misma>>, y se puso en marcha. Pero inmediatamente se detuvo, había algo fuera de lugar. Miró a su espalda con el ceño fruncido, oteando las profundidades del bosque para encontrar al intruso. Un silbido la alertó, describió un arco de noventa grados con el bastón sosteniéndolo en línea con el suelo. Algo se clavó en él a la altura de su rodilla. Volteó el arma para ver el extremo en que se había incrustado el proyectil. Era un dardo, lo extrajo y lo olisqueó... reconoció el olor de cierta planta que sensei le había señalado como venenosa.

Inmediatamente se puso en guardia, justo a tiempo de detener otro proyectil, y otro, y otro más. Hasta que dejaron de llegar. Había interceptado todos, excepto el primero. Empezaba a notar el primer dardo clavado en su gemelo izquierdo, que

comenzaba a dormírsele. Había estado demasiado distraída contando y sólo había descubierto la trampa a tiempo para detener el segundo dardo envenenado. Alzó la pierna adormecida con gran dolor y arrancó el objeto extraño. La rabia se reflejaba en su cara.

Sembhei Kudo surgió de entre la espesura como un relámpago y arremetió contra la sorprendida muchacha que sólo tuvo tiempo de desviar el wakizashi de su enemigo unos centímetros, de su estómago a su muslo derecho. La sangre manó en cantidad.

Alex surgió de las llamas llevando el pequeño cuaderno envuelto entre sus ropas. Se cubría la cara con el brazo y tosía, no se había librado de unas cuantas quemaduras. En cuanto surgió, el cielo se desplomó sobre él.

En pocos minutos recuperó la consciencia. Estaba tumbado en el suelo, el tipo al que había golpeado le pisaba el pecho con saña. Al parecer habían esperado a que saliese y lo habían noqueado usando algún tipo de garrote.

-...y sí hubieras seguido el guión, tu muerte habría sido rápida. -el tipo llevaba un buen rato hablando, aunque desde su posición Alex no comprendía bien las palabras.

-Ya basta Ghostcrow. Él está observándonos, si nos desviamos aunque sólo sea unos milímetros de su plan, seremos cadáveres. -¿Ghostcrow? ¿Qué clase de nombre era ese? El viejo McGregor percibía varias cosas fuera de lugar, pero no llegaba a situarlas... hasta que logró ver la mano metálica que asomaba de la manga de uno de los mercenarios.

-¿Has oído, héroe? -Ghostcrow apoyó todo su peso sobre el cuerpo del caído- Tú no importas, no importas en absoluto... Si no fuese por esa amiguita tuya, ni siquiera estarías aquí. -la presa del falso monje se hacía inaguantable.

<<¿Mi amiguita? -cavilaba Alex- ¡Ah, mierda! -al comprender la situación volvió la mirada al bosque- ¡Chica lista!>>

Sembhei Kudo había acabado por cansarse, una vez que había sido descubierto, la muchacha había detenido o desviado todos sus ataques. Incluso con ambas piernas heridas y el veneno corriéndole por la sangre no había conseguido tumbarla. Así que se dio por vencido, se desplazó a una distancia prudencial y se sentó a esperar. A ella no le quedaban fuerzas para encarársele y el esfuerzo y la hemorragia ayudarían al veneno a invadir el organismo, no tardaría en caer.

Diez minutos más tarde, cuando el mercenario asesino ya había empezado a cuestionarse la condición de humana de su presa, esta hincó la rodilla en el suelo, apoyándose en la vara con todas sus fuerzas, jadeando con esfuerzo. El asesino a sueldo se levantó del suelo y se acercó despreocupadamente a su captura.

-Bien, ya era hora... ¡uff! -la chica utilizó todas sus fuerzas para hundir la vara en el estómago de Sembhei. A continuación se desplomó.

Bosques de bambú, Kamakura, Japón 1592

La falta de aire empezaba a distraer sus sentidos, y tratar de entender qué decían aquellos farsantes resultaba ya imposible, tanto por el fango que salpicaba la cara de Alex y le impedía ver sus labios con claridad como por el marcado acento con inconfundibles modismos paragonios que utilizaban.

La katana que colgaba de su propia cintura, a apenas un segundo de distancia, era sencillamente inaccesible, pues la fuerza con que el que llamaban Ghostcrow le pisaba el pecho le rompería todas las costillas y seguramente algo más si Alex se arriesgaba a soltar su tobillo con cualquiera de las dos manos. Cuando el tal Ghostcrow sacó de su cinto un kama y lo puso junto a su garganta las opciones empezaron a acabarse.

“Chica lista...”

Alex echó la cabeza atrás, casi resignado a morir, y vio la cabaña tras él. Un trozo de madera rota candente caía al suelo desde el tejado, casi lentamente, como si el mundo no fuera a su velocidad normal. Alex miró tan fijamente la puntiaguda brasa que no reparó en que Ghostcrow preparaba ya su ataque final, el kama por encima de la cabeza. Seguramente lo último que el asesino esperaba era que un rescoldo afilado de madera volase cinco metros hacia él a toda velocidad y se le clavase en el pecho, y por eso, cuando el viejo Alex pudo mirarle, vio en la mirada del mercenario más sorpresa que miedo mirando los diez centímetros de la estaca que sobresalían de su torso.

Ghostcrow cayó lentamente hacia atrás, y Alex trató de levantarse y respirar, confiando en la confusión que sus enemigos estarían experimentando. Ahora no sólo le mareaba la falta de aire, sino también aquella molesta sensación que siempre le rondaba la cabeza tras usar sus escasos y oxidados poderes de telequinesis. Pero los dos mercenarios restantes parecían más enfadados que confusos. El viejo tuvo tiempo para respirar profundamente dos veces antes de darse cuenta, gracias a las leves vibraciones del barro bajo su mano, que uno de ellos ya estaba junto a él, y que había cogido carrerilla. Alex levantó un poco la mirada y vio el pie de su enemigo atrás, listo para golpearle el estómago por la izquierda. El viejo llevó la mano a la katana y desenfundó treinta centímetros de ésta, girándola hacia fuera. Aunque el tipo trató de frenar su propio golpe, la hoja se le clavó profundamente en el pie, con efectos mínimos contra Alex.

El viejo rodó por el suelo para sacar la hoja del ya maltrecho pie y ponerse de pie contra el último de los mercenarios, el de la mano metálica. La katana giró un par de veces a su alrededor y quedó a su espalda, mientras el oponente desenvainaba dos largos sais de acero. Se lanzaron el uno contra el otro.

Fue un encontronazo rápido. El sonido metálico de la katana enfundándose coincidió con el gemido ahogado del mercenario, a la espalda de Alex, que dio gracias por no poder escucharlo. Con la garganta acuchillada el enemigo tardó pocos segundos en morir, más o menos los mismos que el viejo tardó en ver el sai que atravesaba su pierna derecha.

Lo ignoró por el momento y se acercó al mercenario que había herido en el pie con la espada. Se plantó ante él y le miró con toda la dureza que pudo. El mercenario reía nerviosamente.

- Lo siento, héroe... - dijo, tanteando sus bolsillos – pero aunque tu ganas, has fracasado.

Dicho eso, desapareció. Y los otros cuerpos también. Simplemente se esfumaron.

La pierna empezaba a doler.

Miró su mano, con el brillo escarlata y negro de su propia sangre. Preocupado, volvió a ponerla sobre la herida de su pierna y apretó con fuerza. Sus dientes se clavaron en el trozo de madera que se había puesto en la boca. Trató de centrar la atención de nuevo en el camino en que estaba recostado, mientras rasgaba su traje para sacar tela con la que hacerse un torniquete. Escudriñaba el barro en busca de nuevas marcas de aquel rastro tan evidente que había dejado quien quiera que se había llevado a la chica lista, aquellas huellas profundas que decían con claridad que la chica iba sobre el hombro de su captor. Y que éste contaba con la muerte de Alex.

Se arrastró unos metros siguiendo las huellas. Cuando terminó de rasgar un trozo de tela, lo puso sobre la herida de la pierna y usó el trozo de madera que había estado mordiendo como torniquete.

Lo último que vio antes de desmayarse de dolor fue cómo la finísima lluvia comenzaba a caer sobre él. Lluvias tardías. Poco frecuentes en aquella época. Malas para algunas cosechas. Muy buenas para borrar rastros.

Once días después

“No me había dado cuenta de lo que mi joven alumna significaba para mí hasta ahora. Es sólo una niña, y quién sabe dónde puede estar y por qué. Debo encontrarla. Ella compartía mi soledad, y yo la suya.

Hace tres días encontré al fin el rastro. Lo ha dejado ella, es su propia sangre. Es muy lista. Sé que nunca lucharía contra el tipo que se la ha llevado, porque si se la ha llevado es porque es superior a ella. Y sé que si la sangre fuera de él ya habría encontrado por aquí su cadáver, porque ella no falla. No. La sangre es de ella. Le está provocando para que le pegue, para que yo pueda encontrar algún rastro. La sangre estaba muy seca, al menos me llevan cuatro días de ventaja.

Debo volver a entrenar mi mente. Cuando todo esto acabe, quiero poder comunicarme con ella. Quiero decirle mi nombre, y hablarle de mi pasado.

Ella es lo único que tengo aquí.”

Alex cerró el cuaderno.

Cinco días después

Adaptarse a la vida del guerrero peregrino en el Japón feudal no había sido fácil, y menos aún sin conocer el idioma...y siendo sordomudo. Le había resultado imposible integrarse en ninguna ciudad, en ninguna comunidad, y se había visto forzado a llevar durante años una vida de vagabundo, dedicada casi exclusivamente a la meditación y al cultivo de su cuerpo en una medida aún mayor que cuando vivía en el Paragon City del siglo XXI.

Sin embargo, su pasado, o más bien su futuro, le daba otras ventajas frente a los que, por circunstancias como aquellas, se convertían en sus enemigos. Así pensaba Alex, desde la oscuridad y al abrigo del frondoso bosque, mientras observaba a los guerreros que vigilaban el exterior de aquel extraño templo al que había llegado siguiendo el rastro visual de sangre que su alumna le había dejado. Él estaba acostumbrado a combatir en la calle, en sucios callejones sin cobertura y sin más ventajas que las que marcaban sus músculos y su habilidad para ser capaz de esconderse en una sombra, o detrás del único contenedor de basura en millas a la redonda. Una intrincada construcción de piedra en una loma, más propia en su opinión de antiguas civilizaciones sudamericanas que de la cultura japonesa, sobre la que la brillante luz del sol creaba miles de formas oscuras gracias a columnas, desniveles y descuidados jardines, todo ello rodeado por el espeso bosque, era un entorno muy favorable para Alex.

Los guerreros parecían peligrosos. Vestían armaduras ligeras sobre ropajes oscuros, y máscaras que les tapaban de nariz para abajo. Iban ataviados con variedad de armas, pero casi todos optaban por una katana bien visible y quién sabe qué más bajo aquellas armaduras.

Se alejó una vez más hacia el pequeño claro que había utilizado toda la noche como improvisado campamento, dejó la katana en el suelo y se sentó a meditar. Estaba exhausto. Habían sido más de dos semanas de persecución, y durante la primera había sufrido las consecuencias de aquella herida en la pierna. La lluvia había borrado su único rastro, y, incapaz de escuchar las bandadas de pájaros huir por encima de las copas de los árboles al acercarse extraños, su única oportunidad antes de descubrir el astuto rastro dejado por la “chica lista” había sido ampliar progresivamente su radio de búsqueda en la dirección que suponía, intuía incluso que iban, e ir trazando arcos cada vez más amplios con dolores cada vez más insoportables en la pierna. Los siguientes días habían sido un vagar sin esperanza, hasta que encontró la sangre que le había llevado a aquel edificio en medio de la nada hacía dos días. Confiando en que su amiga estaría bien, y convencido de que poco podría ayudarla si apenas podía levantar una katana, había decidido descansar un par de jornadas en los alrededores.

Ahora era una vez más la hora de luchar. Hacía mucho, mucho tiempo que no se enfrentaba a más enemigo que la bella niña de pelo azabache en los entrenamientos, y ocasionalmente a mercenarios y bandidos de poca monta, pero esta vez sabía que tenía delante a guerreros hábiles que tenían algún propósito concreto. Por no hablar de la

posibilidad de que hubiera más de aquellos soldados del futuro que aún no se explicaba qué hacían allí o quién les había enviado. Al menos contaba con que habían sido lo bastante inteligentes como para no llevar armas de fuego medio milenio atrás en el tiempo, así que no tendría que esquivar balas.

<< No es que yo ya no pueda >>, pensó, esbozando media invisible sonrisa en su cabeza.

Con tranquilidad, apartó de su hombro izquierdo la tela del kimono para dejar el brazo al descubierto. Con la otra mano, acercó su zurrón y tomó de su interior un trozo de carbón que llevaba ahí Dios sabe cuánto tiempo, y lo utilizó para dibujar algo del poco Kanji que conocía. Tres símbolos; amistad, valor y lucha, desde el hombro hasta cerca del codo. Se tapó de nuevo y respiró hondo, adoptando la misma postura de meditación que años antes había enseñado a su alumna. Permaneció así unos segundos antes de tomar sus efectos personales, colgárselos del hombro y coger la katana. Se quitó aquellas molestas chanclas y echó un vistazo más al templo. La situación del sol oscurecía prácticamente todo el lado Este de la extraña construcción, así que se dirigió allí con una discreción felina, dando un rodeo para permanecer abrigado por el frondoso bosque mientras pudiera.

Tardó menos de cinco minutos en notarlo. Había alguien cerca. Esa sensación en su nuca que suplía su deficiencia auditiva. Se agachó y miró a su alrededor hasta que vio a su inoportuno intruso, uno de los soldados de armadura ligera.

Le rodeó entre la maleza, nervioso pero con cierta curiosidad por saber hasta dónde seguía siendo bueno.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca y sin apenas hacer ruido, tapó la boca del guerrero y colocó la katana frente a su garganta antes de tirar de él.

????, 1592

Ella ya sabía que se trataba sólo de un sueño. Lo sabía porque había sufrido esa misma pesadilla todos los días durante meses, después de aquella noche en el *filo de mar*. Sabía que era un sueño porque llevaba aquellas imágenes grabadas a fuego en su mente, desde una época que no recordaba, anterior al *filo*, anterior a los mercenarios... anterior a sensei.

-Te dije que no te librarías de mi. No puedes, porque hace tiempo que soy parte de ti. -una lúgubre voz, quizá de mujer, surgía desde la penumbra.

>>¿Sabes? Es una ironía deliciosa que yo ahora esté libre de la maldición y tú no... ¿verdad que no pensaste que esto acabaría así? -las palabras surgían cada vez de un punto distante, en la enorme y oscura estancia.

>>Abraza la maldición chiquilla, es tu única salida. -la voz sonaba irritante y dolorosamente sincera.

Ella, escondida en el único rincón de una habitación inmensa, nunca respondía a la voz, se justificaba diciéndose que sería estúpido discutir con un sueño, con un espejismo... pero en el fondo sabía que aún no era capaz de enfrentársele, no sabía quien era, pero sabía que seguía siendo la voz de su ama, de su verdugo, de su monstruo particular.

El templo negro, Ichinoseki, Japón, 1592

El calabozo estaba completamente a oscuras, las nubes cubrían el cielo nocturno y apenas un tímido resplandor cruzaba la ventanita enrejada junto al techo.

Los ojos de chica lista surgieron repentinamente en la oscuridad. Ojos negros como el carbón que eran, por algún esotérico motivo, clara e incluso dolorosamente visibles.

Sobre todo eran visibles para Satoshi el vagabundo, al otro extremo del habitáculo. El viejo se estremeció al sentir que esos ojos, como puñales, le atravesaban el alma. Llevaba allí sentado casi una hora, cada vez más nervioso, cubierto de un sudor frío, con el corazón a punto de salirse por la garganta, sin atreverse a hacer lo que le habían encomendado. A sus pies un enorme cuchillo oxidado, más antiguo que el propio Satoshi, le llamaba insistentemente, instándole a empuñarlo. Pero desde que lo dejaron ahí, el vagabundo mantenía en todo momento cierta distancia con el arma, como si un invisible campo de fuerza lo rodeara.

La mirada de la mujer parecía estar escrutándolo de arriba a abajo, no sólo podía verlo a él, sino que también podía observar dentro de su mente y de su alma.

Cuando lo empujaron dentro, estaba atemorizado por la idea de tener que matar a la muchacha... ahora tenía la terrible certeza de que ella lo mataría a él.

Aquellos ojos negros, tan radiantemente visibles en medio de la oscuridad, acabaron por desquiciarlo. Soltando un horrible sonido gutural agarró la antigua hoja y se alzó de un brinco. Lo blandió torpemente con su mano izquierda, la única que conservaba, y corrió hacia su víctima mientras gruñía y babeaba como un animal.

Ella ni siquiera le había dedicado una ojeada. Ni siquiera un pensamiento. Tampoco lo hizo cuando sus piernas se interpusieron en la trayectoria de Satoshi haciéndolo caer.

La cabeza de Satoshi sonó como una calabaza hueca cuando se la golpeó bruscamente contra el húmedo muro de piedra.

-No sólo es imposible, también es estúpido. -la voz irradiaba tal seguridad en su propietaria, que hacía muy difícil no creer lo que decía- Vamos chiquilla, no fueron muchos días, pero aprendiste bien como funciona la maldición.

>>¡Oooh! -el volumen de la voz se elevó para proferir un gruñido indignado- ¿Crees que TÚ, cosita insignificante, puedes librarte de MI maldición? -ya no oía una sola voz, sino media docena de ellas hablándole al unísono, creando un efecto fantasmagórico.

>>¿Crees -las seis voces llenaban el mundo entero, juzgaban a la muchacha, que ahora tenía el aspecto de una niña de diez años y trataba de refugiarse acurrucada contra su esquina, y la condenaban - que tú, despreciable cucaracha, puedes vencer al martirio infernal que yo tuve que sufrir durante -aquí las voces divergieron, se oyeron al unísono "noventa", "trescientos", "quinientos", y otras cantidades, aunque sobre todas ellas se impuso la voz del ama que decía- dos mil años!?

Satoshi había desaparecido. Mientras la muchacha estaba sumida de nuevo en su sueño, los monjes se lo habían llevado, lo habían quemado vivo y lo habían tirado tras el muro, como si de basura se tratase.

En su lugar había ahora tres jóvenes monjes ataviados con las macabras túnicas que la chica había podido observar la noche que llegó al templo.

Recordaba parcialmente haber sido arrastrada a través de una enorme capilla con la efigie de ella. Sembhei, el mercenario que la había capturado debía haberla drogado de algún modo, puesto que las imágenes en su mente estaban turbias y entremezcladas, sin sentido del orden o del tiempo. De todos modos se había sentido así desde que se acercaron al templo, y aún luchaba por recobrar la claridad.

A juzgar por sus movimientos tan seguros, los novicios tenían una idea más clara de lo que debían hacer de la que Satoshi llegó a imaginar. Como miembros de la orden conocían la finalidad de su misión, y estaban, en mayor o menor medida, bastante orgullosos de dar su vida por ella. Otra diferencia con el anterior visitante, era que

contaban con pequeñas espadas afiladas, mucho más solventes que la pequeña hoja del vagabundo.

Ella los miró y su determinación se desvaneció.

Los supuestos asesinos dieron dos pasos atrás y se encogieron, ya no tenían tan claro lo que pretendían hacer. Su mente se llenó de voces que les animaban a empuñar sus hojas y ensartar su propio corazón.

Casi simultáneamente los tres hombres se llevaron las manos a la cabeza, cubriéndose los oídos, tratando de impedir a las voces la entrada a sus cabezas. Pero las voces no tenían que entrar, parecían pertenecer allí. Los jóvenes sacerdotes gritaban de rabia y se balanceaban de un lado a otro intentando librarse de aquellos malignos pensamientos, hasta que tuvieron la idea, los tres a la vez, de acabar con la fuente de su dolor, al fin y al cabo, lo que habían venido a hacer.

Las tres espadas surcaron el aire, barriendo el lugar donde se hallaban aquellos malignos ojos, y clavándose en la pared.

Dos cabezas chocaron. El propietario de la tercera cayó redondo tras recibir un sonoro golpe en la nariz.

Los ojos reaparecieron, en el mismo lugar... y volvieron a esfumarse.

-Tampoco los has matado a ellos... pero ¿crees que permitirán que continúes así? -la voz del monstruo volvía a sonar cabal y persuasiva- los siguientes que envíen serán más fuertes, menos propensos a tus trucos. A ellos no tendrás más remedio que matarles.

Se hizo el silencio. No como el silencio habitual, la mera ausencia de sonido; en los sueños de chica lista, que eran una puerta abierta a otro lugar, el silencio se imponía como una presencia pesada y asfixiante. Aún así, ella jamás replicaba, no podía.

-Cuando lo hagas, cuando vuelvas a aprisionar un nuevo alma, ya no podrás volver atrás. Estos años vagando sin mente, sin recuerdos... huyendo del ansia de matar, padeciendo un dolor atroz... -la niña, ya tan pequeña que casi había desaparecido en su rincón, quería gritar, aullar "¡basta! ¡déjame! ¡muérete!". En su lugar, calló.- ...todos esos años en vano.

>>Je, je, je -la corta risita sonaba como el último aliento de un moribundo- ¿qué no los recuerdas dices? ¿tantos años a la deriva? Yo sé que no. Pero ¿verdad que notas su peso sobre tu alma...?

Finalmente la voz tornó en una imagen, la imagen de una mujer de mediana edad, de extraña y pálida belleza. Vestida con un largo y suntuoso traje negro con múltiples adornos y bordados, propio de la nobleza de mayor rango. La mujer caminaba hacia ella, hacia la minúscula personita que arañaba la pared con la esperanza de

volverse intangible y huir. Caminaba despacio, y en su rostro comenzaba a dibujarse una sonrisa. Tendió el brazo, que parecía medir varios metros, hacia la niña.

-Ven.

Los dos mercenarios, samurais errantes y sin señor, contratados por la orden, la sintieron despertarse. Ellos conocían mejor el mundo en que la muchacha se había estado moviendo, lo respetaban y se mantenían alejados, pero también sabían luchar contra él.

Como se les había mandado, permanecieron en silencio, durante horas, en espera de que ella regresara de su mundo onírico. A diferencia de los anteriores visitantes del calabozo, sabían que los enviaban allí a morir a manos de la mujer demonio. Ellos mismos habían degollado a los fallidos monjes una vez que despertaron.

Creían conocer el motivo último de este rito: expulsar la maldición de antigua oscuridad de este mundo. Y estaban orgullosos de morir en un último acto de honor.

Chica lista se irguió lentamente. Se sorprendió al comprobar que sus piernas habían sanado por completo, aunque en realidad no sabía cuanto tiempo llevaba encerrada allí.

Los miró con detenimiento. Estos dos no iban a permitir que los noquease sin más... De reojo comprobó que la brillante kodachi seguía a sus pies, situada allí para ser el verdugo del viejo Satoshi primero y de los tres monjes después. Sin agacharse, aferró el mango del arma con el pie descalzo y la llevó hasta su mano. La contempló, después observó a los ronin, serenos, pacientes, esperando su primer movimiento para contraatacar.

El arma salió volando por la pequeña ventana enrejada. Chica lista se dispuso en posición de ataque, con las manos vacías.

Sus oponentes dudaron por un momento... pero enseguida recuperaron la convicción. Lucharían a muerte, no podía ser de otro modo.

<<Una muerte más -se dijo a si misma- y podría ser el fin. El fin del sufrimiento, el fin del dolor... el fin de la responsabilidad. Se desataría la maldición y yo me liberaría... -Aunque no recordaba más que retazos de su vida pasada, la estancia en el templo le había permitido encajarlos y entender a grandes rasgos lo que le ocurría. Mientras tanto, los guerreros la esperaban con las armas en posición de ataque, elevadas sobre sus cabezas- Igual que tras lo ocurrido en el filo desperté, ahora podría dejarme llevar, acabar con la angustia, con el miedo -sin pretenderlo, sin quererlo, las imágenes de los últimos meses vinieron a su mente: con él había encontrado la paz, se había encontrado a si misma. Había comenzado a vivir.- Una muerte más... y perderías su respeto para siempre.>>

-¡No! -era la primera palabra que pronunciaba en más tiempo del que recordaba-
¡No iré contigo monstruo! -Sus grandes ojos empequeñecieron hasta ser sólo dos líneas
blancas en la oscuridad, al tiempo que emprendía su ataque con más sentimiento y
pasión de los que había tenido jamás.

Daba lo mismo cuantos entrasen, no importaba cuanto se lo reclamasen las voces
de su alma, era indiferente cuánto se acercase a su propia muerte. No mataría a nadie
porque tenía una esperanza, no, una certeza.

Él vendría.

El templo negro, Ichinoseki, Japón, 1592

Lo había sentido. Pasaba algo. Algo bueno, algo malo, no lo sabía. Pero una extraña sensación había cruzado su mente durante la eterna millonésima parte de un segundo. Algo que no era común. Algo cuya causa no era su enorme cansancio.

Alex descansaba apoyado en la fría pared de piedra negra, junto a una antorcha cuyo pie estaba tallado en perturbadoras formas blancas de cuerpos en posturas imposibles y símbolos relacionados con la muerte y lo oscuro. Respiraba lentamente y haciendo ruido, y el pelo, empapado en sudor, se le pegaba en la cara, aunque eso le molestaba mucho menos que la herida que uno de aquellos bastardos le había hecho en la mejilla con una katana. Estaba exhausto; desde luego el viaje de dos semanas había desgastado las fuerzas del viejo hasta más allá de lo que él mismo imaginaba, y ahora tenía que pagarlo con pequeños descansos que le hacían pensar que era débil, que quizá aquellos segundos que estaba perdiendo allí, con la espalda en el muro, las piernas separadas y las manos usando la katana manchada de sangre a modo de bastón, eran los mismos que separaban a “chica lista” de la vida y la muerte.

Por otro lado, se estaba quedando sin ideas. Aquellos guerreros eran buenos, muy buenos. Los tres cadáveres que ahora yacían a sus pies habían caído en un enfrentamiento directo, rápido y muy sucio. La primera docena había muerto de forma discreta, con un solo ataque y sin probablemente ver jamás la cara de su ejecutor. Y apenas recordaba ya cómo había matado a los seis o siete que había entre éstos y aquellos. Sabía que la masacre que estaba llevando a cabo atormentaría sus sueños durante seguramente el resto de su vida, porque nunca había hecho algo así hasta entonces. Esbozó una sonrisa amarga recordando la última vez que había matado a alguien antes de todo aquello, años antes, y cómo había llorado como un niño.

<<Si Dios existe, tiene un sentido del humor muy inglés>>

Pero tenía que hacerlo. Joder, valía la pena. Cualquier cosa valía la pena.

Miró el llavero que había robado un par de fiambres antes. Esperaba que alguna de aquellas llaves le llevara hacia la chica lista. Echó un vistazo de nuevo pasillo abajo, hacia donde aquel presentimiento le había dicho de alguna forma que fuera. Así que levantó de nuevo el arma, suspiró, se ajustó la maldita bata del demonio y echó a andar hacia allí.

Voz femenina: Lo logrará.

Voz masculina: Lo sé.

Voz femenina: Si lo sabes es porque, de algún modo, has cambiado.

Voz masculina: Sí. He aprendido muchas cosas últimamente. A apreciar un verdadero héroe cuando le veo. A saber hasta dónde puede llegar. A desconfiar de mi propia vanidad. Está determinado. Lo logrará.

Voz femenina: Parece que esto cambia tus planes...

Voz masculina: Sí, sin duda. No había contado con que él sobreviviría hace dos semanas. Lo vi, pero no era probable. Por suerte, tampoco había contado con que ella aguantaría tanto tiempo sin ceder. Lo uno compensará lo otro.

Voz femenina: Esto no está bien.

Voz masculina: Ahórrate las monsergas. Es hora de pagar tu deuda.

Voz femenina: Recuerda que es tu último envío.

Voz masculina: Sí. Enviame allí.

Voz femenina: Enviarte a ti... claro, supongo que era inevitable.

Voz masculina: Sí.

Estaba muy cansado, y la espada ya no brillaba. La sangre comenzaba a secarse sobre su filo, pero no podía permitirse más respiros que los estrictamente necesarios. Giró la cabeza tras una esquina y vio dos hombres con aquellos extraños ropajes negros y blancos. Alex suponía que iba en la dirección correcta, pues las llaves que había robado le habían dado acceso a una zona en que sólo había tipos como aquellos, no ronins de élite como los que había encontrado fuera del templo y en las zonas más exteriores del mismo. Los guerreros de negro y blanco parecían pertenecer al lugar, y eran adversarios mucho menos peligrosos, aunque más salvajes. El viejo había matado ya a unos cuantos que se habían lanzado hacia él de forma suicida. Y sabía muy bien lo que eso significaba.

<<Amor o religión.>>, pensó.

Los dos individuos discutían acaloradamente, pero el pasillo era oscuro, iluminado sólo por algunas antorchas, y no podía leerles los labios. De cualquier modo, ya suponía lo que ocurría; todo el mundo estaba ya sobre aviso de que había un samurai intruso que estaba infiltrándose y machacando sus efectivos. Pudo ver varias cosas en el semblante del que mejor podía ver. Estaban asustados. Estaban sorprendidos. <<Seguramente creen que soy un monstruo. Y apenas me quedan fuerzas.>>

Y tenían prisa. Alex se acercaba a la chica lista, o a algo muy importante. O, quizá lo más preocupante, la chica lista era algo muy importante.

Sacó un pequeño puñal equilibrado de un pliegue de su kimono y salió al pasillo, lanzándolo directamente a la espalda del enemigo más cercano. Mientras éste se retorció en el suelo, avanzó con rapidez hacia el otro, katana en mano. Pudo ver claramente cómo su oponente giraba la cabeza y hacía un gesto. Antes de que Alex llegara a su altura, tres más aparecieron de las tinieblas del pasillo.

<<Joder.>>

Con un giro, clavó su talón derecho en el cuello del que había alertado a los otros guerreros, justo a tiempo de interceptar con la katana una primera estocada del primero de ellos. Giró de nuevo sobre sí mismo y el arma trazó un rapidísimo círculo entre sus atacantes, que detuvo el ataque de otro de los enemigos y rajó descendentemente el pecho del restante antes de que éste pudiera golpearle con su bastón de combate. Alex se dio la vuelta para encarar a los dos guerreros que quedaban de pie, pues las posiciones habían cambiado. Debido al cansancio apenas pudo ver, y mucho menos evitar, que la katana del de la derecha le hiciera una profunda herida en el brazo izquierdo antes de, con un aullido, atravesarle de lado a lado.

El guerrero restante le lanzó un ataque más, y el viejo no tuvo más remedio que dejar su arma atravesada en el que acababa de matar y retroceder rápidamente. La herida del brazo escocía aún más que la de la cara. Con rápidos movimientos laterales, logró esquivar tres acometidas más mientras retrocedía en el pasillo. Enfadado, su oponente lanzó un cuarto ataque, más imprudente, que le hizo bajar la guardia. Sacando fuerzas de flaqueza, Alex dio una impecable patada a las manos del guerrero, tan fuerte que le hizo soltar la katana, y encadenó en el mismo movimiento una patada directamente a la cara.

El tipo golpeó pesadamente una enorme puerta de madera al lado izquierdo del pasillo y quedó inconsciente. Alex pegó la espalda a la puerta una vez robó la espada del samurai, y, jadeando y taponándose la herida del brazo con la mano contraria, se deslizó hasta quedar sentado.

<<Lo siento...>>

Necesitaba descansar. Necesitaba respirar. Y si en aquel momento hubieran aparecido pasillo abajo catorce guerreros más, Alex se hubiera quedado quieto, no se habría planteado qué hacer hasta que el sai del primero de ellos estuviera a dos centímetros de su corazón. Necesitaba tiempo. Justo lo que no tenía.

Algo le sobresaltó. Un movimiento. Una pequeña vibración a su espalda, en la puerta.

Alguien la arañaba desde dentro.

<<¡¡Dios!!>>

Nunca supo cómo, pero fue capaz de levantarse relativamente rápido y rebuscar entre el manojó de llaves, probando una y otra vez hasta que sintió un “clic” en el interior. Abrió la puerta con cuidado y allí, a sus pies, vestida con unos harapos y más sucia que el infierno, estaba la chica lista. El júbilo duró poco más de un segundo; algo iba mal. La chica no estaba despierta, ni dormida... se retorció con los ojos cerrados, probablemente quejándose de dolor aunque él no podía oírla. Arañaba con fiereza el suelo pero a la vez parecía estar muy, muy débil. En la húmeda y oscura celda yacían dos cuerpos. Respiraban, pero estaban fuera de combate.

Alex se agachó y recostó a la chica entre sus brazos. Mientras su corazón chillaba un “despierta” tan potente que hubiera hecho andar hasta a los muertos, él sólo

podía intentar que su joven alumna recobrar la conciencia zarandeando su cabeza con suavidad y paciencia. Tras unos segundos que se le hicieron eternos, los ojos negros de la chica lista empezaron a abrirse. Ya no brillaban. Pero rápidamente buscaron los del viejo.

La chica logró esbozar apenas una mueca parecida a una sonrisa, que probablemente había sido dolorosa. Lentamente, se llevó una mano a la cara y se estiró levemente el párpado inferior con el dedo índice, sacando a la vez la lengua.

¡Hola, maestro!

Alex sonrió. La visión de la muchacha siempre le arrancaba una sonrisa.

<<¿Estás bien?>>

Chica lista seguía haciendo pequeños ejercicios de estiramiento de las piernas, y asintió. Alex apartó un momento la atención del pasillo. Llevaban allí bastantes minutos y seguían solos, así que era prudente pensar que quizá le buscaban en otro lugar. O que no quedaba nadie para buscarle. De cualquier modo, no le parecía normal, aunque por dentro rezaba para que siguiera sin aparecer ningún loco más. Pero había que ser realista. Se acercó a uno de los tres cuerpos que había dejado allí antes de encontrar a la joven, y le robó la katana. Se acercó a la muchacha y se la tendió. Era hora de comprobar si toda su preparación había surtido efecto en una situación real.

Sin embargo, la chica miró el arma con gesto grave y negó con la cabeza. Se acercó a otro de los cadáveres, el que tenía el bastón, y lo cogió. Comprobó su peso y equilibrio ante la atónita mirada de su sensei.

<<Quizá no sea suficiente.>> dijo Alex, con gestos.

<<Confía en mí. No debo.>> fue la respuesta.

El viejo samurai no tuvo la opción de llevarle la contraria. La mirada de la chica se había clavado en algo, a su espalda, y Alex giró para comprobar qué era. Al no ver nada, supuso que la chica había escuchado algo. Había enemigos pasillo arriba, en su única vía de escape. Alex levantó la espada y se interpuso entre los guerreros que ya se acercaban y la chica lista.

Poco a poco las rutilantes sombras que las antorchas proyectaban tras la esquina, unos metros más allá, revelaron que al menos una docena de hombres se acercaban. Cuando el primero de ellos giró y Alex pudo verlo, la katana se cayó de sus manos.

Tres cosas le asombraban poderosamente de aquel hombre que se acercaba caminando con parsimonia. Primero, su vestimenta, un impoluto y elegante traje blanco de chaqueta de dos piezas, probablemente Armani, y desde luego del siglo XXI. Segundo, que cuando sus labios se movieron el inglés fue inconfundible.

<<Hola, Hush. Veo que el tiempo no ha tenido piedad contigo.>>

Pero lo que más le asombró fue la identidad de aquel hombre alto de barba castaña y facciones de halcón. Alex le había reconocido nada más verle.

<<Tiempo. Adoro esa palabra.>>

Era Kenneth Wellings.

El templo negro, Ichinoseki, Japón, 1592

¡Cómo odiaba esas situaciones! Sentirse tan pequeña, tan insignificante... si hubiera sabido que el tema de conversación, el eje de todo lo que ocurría era ella misma, quizá se habría sentido más importante, más participe, o quizá sólo habría servido para enfurecerla aún más, por no poder tomar parte en la decisión de su propio destino.

Quien sin duda irradiaba todo lo contrario era el recién llegado, el hombre elegante, aunque ella no sabía porque lo consideraba así, ya que su vestir, sus maneras no eran lo que se consideraba elegancia en su tierra, aún así, todo él evocaba esa palabra: elegancia. El hombre elegante estaba hablando con Sensei, se leían los labios el uno al otro, lo veía en sus ojos. Ella también había aprendido a hacerlo, con su ayuda, pero ahora los dos hombres no hacían más que balbucear formas sin sentido, no decían cosas... sólo movían los labios de forma aleatoria. Aún así, se entendían, estaba claro.

La pobre chica lista nunca había visitado otros países, al menos no de forma consciente, sino como lo había hecho en el filo del mar, aún presa del sueño en que le sumergía la maldición; por ello, no podía saber que los hombres simplemente hablaban otro idioma, de hecho, excepto como una vaga noción, desconocía la existencia de otros idiomas.

Alex nunca había tratado de hacerle entender el inglés. Ellos utilizaban los gestos, las miradas, alguna palabra concreta en japonés... y lo que ella llamaba "saber lo que el otro piensa". Ahora Alex lo lamentaba, Wellings y él mantenían una conversación por y para ella, y chica lista no podría estar más perdida.

<<¿Qué mate? -Alex se debatía entre la incredulidad y la rabia- ¿Quiere que ella mate? ¿A quién? ¿Por qué? -su interlocutor no hablaría si no le era conveniente, e incluso en tal caso, sólo si además le resultaba grato. Aún entonces, muy probablemente mentiría. El viejo lo sabía, lo conocía bastante bien, pero no tenía más remedio que jugar con sus cartas.>>

<<Para abrazar la maldición, Hush -Kenneth Wellings no emitía sonido alguno al hablar, se limitaba a pronunciar y a permitir a la limitada telepatía de Alex que facilitase el proceso-, una poderosa maldición que, de no detenerse aquí y ahora, consumirá a cientos... -tras una corta pausa se corrigió, añadiendo con gesto severo- no, a miles de personas... de una manera espantosa.>>

Mientras Sensei trataba de digerir la frase y de calibrar su veracidad, chica lista había tomado la iniciativa, quería saber lo que ocurría aunque fuese recurriendo a ciertas habilidades que normalmente repudiaba. Buscó en su interior una pequeña porción de poder, unos restos que aún permanecían tras la muerte de Sasuke, y convocó a las almas de los presentes.

A pesar de su nombre, dicha habilidad no invocaba nada, sino que le permitía asomarse al reino de las almas, donde podía ver y saber mucho más que en el mundo real.

En el reino de las almas, chica lista era la única que mantenía su aspecto original, los objetos perdían su forma y se convertían en una masa de contornos borrosos sin significado, el aire dejaba de ser invisible para convertirse en un cuerpo semitransparente, ondeante y oscuro, distorsionando el aspecto de las cosas aún más, y convirtiendo la estancia en algo agobiante y pesado.

Como siempre que usaba sus habilidades, ella aparecía allí, una enorme mancha negra acechando a cierta distancia, esperando que cediese a la maldición, con la esperanza de poder tomar el control cuando ocurriese. Esto la asustaba, pero, de algún modo, se había acostumbrado a ella, así que procedió a mirar a su alrededor, a escrutar las almas de los presentes. A su derecha, una poderosa luz blanca, de contorno afilado, con formas fluctuantes a su alrededor, similares a espadas. Era el alma de sensei, fuerte, bueno, puro... siempre buscando mejorar, afrontar nuevos retos. A su alrededor, varias pequeñas almas, gente insignificante, con formas puntiagudas, sin duda guerreros, algunos poderosos, otros meras comparsas. No eran nadie, eran los secuaces del hombre elegante, apostados alrededor, ocultos a la vista. Y había un último espíritu, uno que se zafaba de su observación, no era un problema, era cuestión de fijarse mejor, centrar sus sentidos.

Chica lista regresó aturdida y algo asustada al mundo real. Mantenía los ojos abiertos en expresión asombrada, y no era capaz de retirar la mirada del hombre elegante.

Alex contemplaba su expresión, aunque sentía su miedo sin necesidad de mirarla. No podría entender lo que la muchacha acababa de hacer, ni le hacía falta para saber que Wellings era quién la azoraba de aquel modo.

<<No necesito saber sus planes, la naturaleza de esa "maldición" o el modo en que justifique su papel en esta trama, Wellings. Lo conozco a usted, la conozco a ella y lo mataría a usted veinte veces antes de causarle la más mínima molestia a ella. No puede obligarla a matar, no se lo permitiré.>>

<<¿No puedo? -decir que Wellings se mostraba total y absolutamente seguro de si mismo sería una descripción inútil de su estado natural - Vamos señor McGregor, claro que puedo -la frase no sonaba como una amenaza sino como una simple narración de lo ineludiblemente cierto-, usted lo sabe y yo lo sé. ¿Por qué no simplifica las cosas? -el magnate paseó su mirada de los ojos de Alex a los de chica lista, donde se detuvieron unos momentos. Había notado el escrutinio de esta, aunque no conocía del todo el proceso, y sabía lo que ella había visto; la compadecía, al menos tanto como era capaz de compadecer a alguien desde su alto pedestal- Hágale un favor, y hágaselo a usted mismo, convénzala de que tome una vida, mis hombres están dispuestos a entregar las suyas sin luchar. Esa es su elección, convencerla, o luchar... y sabe que no es una opción.

Por un momento consideró la idea; dejar que chica lista causase una muerte y permitir que esa supuesta maldición se liberase en ella... desconocía el sentido de esta, no sabía que efecto podría causar en su pupila, pero le bastaba recordar la expresión de esta cuando le ofreció la katana del hombre caído. Tenía miedo, miedo de la maldición,

quizá miedo de perder el control. No permitiría que sucediese nada que la turbase de aquel modo.

<<Es mi elección, ¿verdad? -Alex sostenía una expresión grave, un gesto que convencería a una manada de lobos de buscarse la cena en otro lugar- Es ridículo que me lo proponga, en realidad no tengo opción, mi decisión esta tomada. Usted lo sabe y yo lo se... ¿por qué no simplifica las cosas, da media vuelta y se larga? -el viejo se aferró a su arma con fuerza, no era un farol, era una apuesta fuerte, a sabiendas de que iba a perder>>

<<Cierto... en realidad nunca ha habido opción, ni para usted ni para mi. Aunque quizá la había para ella. -Con un movimiento invisible, Wellings desapareció entre sus hombres, que se habían colocado en formación.>>

Ahora se sentía más a gusto, el ambiente estaba cargado de lo que ella llamaba "gananas de pelea". Sabía que sería una lucha complicada, que tendrían que coordinarse y actuar perfectamente para vencer; pero al menos estaba en su terreno, ahora tiraba de sus propios hilos. Se había mantenido al margen, dos pasos tras sensei, por respeto a este, porque confiaba en él; de haber estado sola, se hubiera lanzado al combate sin cruzar ni una mirada, sin pedir explicaciones. Sobre todo para deshacerse de aquella presencia tan horrible, tan apabullante que parecía ocupar todo el espacio disponible. Pero había dado tiempo a las palabras, palabras silenciosas en aquel caso. Ahora el tiempo las palabras había pasado, llegaba el tiempo de las espadas y se sentía libre.

Los hombres de Wellings eran buenos, posiblemente de los mejores, y además estaban bien ordenados, se notaba que pertenecían a un mismo grupo adiestrado. Sin embargo, no eran rival para Alex y chica lista, ni siquiera con él herido y ella luchando con sumo cuidado. Por algún motivo, Al estaba procurando no matar a ninguno de sus contrincantes, quizá por piedad, aunque más probablemente por no estar muy seguro acerca de la condenada, y ahora omnipresente en su cabeza, maldición.

A pesar de todo, llegó un momento en que incluso Alex pensó que podrían escapar, un momento en que avanzó abriéndose paso entre el grupo de luchadores hacia el pasillo, guiando a chica lista hacia... hacia ninguna parte, puesto que chica lista se había visto bloqueada por un grupo de cuatro hombres que ahora se interponían entre ambos, Hush se giró y lo vio. Los habían separado pensó, <<¡He sido un estúpido, me he metido de cabeza en una trampa!>>

Entonces sintió una mano cerrándose sobre su cabeza, aunque más que una mano creyó sentir la garra de la muerte. En aquel momento perdió contacto con el suelo, la presa lo elevaba casi medio metro en el aire. No se sorprendió, como en otras ocasiones, Wellings había bloqueado su sentido especial de algún modo, y se había deslizado tras él con un silencio y una agilidad imposibles. Sin embargo, en esas otras ocasiones, el era más joven, y veloz. Ahora, comenzaba a notar como su cráneo comenzaba a ceder a la presión de la mano de aquel titán... pero le quedaba un movimiento, el último.

Pero... ¿de que le servía en realidad librarse de aquella presa?

Hush respiró hondo, lo que le causo un dolor espantoso en la sien, acarició su hoja, bañada en la sangre de los hombres de Wellings. Con destreza, con parsimonia, hizo girar la katana. Entonces la agarró fuertemente con la punta dirigida a su estomago.

La hoja se clavó en el torso del villano, entre sus costillas, en trayectoria ascendente. Los ojos se le enrojecieron y palideció. Por un momento pareció que iba a derrumbarse, pero en lugar de eso, utilizó la mano libre para asir el hombro de Alex y, con un poderoso rugido, lo empujó hacia delante hasta liberarse de la espada. Con el agonizante McGregor aún en volandas, Wellings respiró entrecortadamente unos segundos, a continuación escupió gran cantidad de sangre. Por fin miró a su adversario, lo observó extrañado, como si no lo hubiera visto antes. Entonces su expresión se tornó en rabia y lo lanzó con descomunal fuerza contra una de las paredes de piedra.

El tiempo se concedió una pausa en aquel momento. En ese momento en el que el héroe Alex McGregor, alias Hush se preparaba para sus últimos minutos de vida, tendido en el suelo, con su propia katana atravesándole el cuerpo. El momento en que Wellings, el villano, se mantenía en pie con esfuerzo, las piernas arqueadas y contemplando incrédulo la herida de su pecho. El momento en que, sin saber por qué, chica lista miró hacia atrás, en dirección a su sensei, como si pudiese sentir su dolor. En aquel momento, el tiempo se congeló por unos instantes.

Sin siquiera mirar a su último contrincante, chica lista se giró, miró al hombre elegante, allí plantado frente a ella, sonriente a pesar de que aún escupía sangre... el monstruo mantenía los brazos abiertos, como invitándola a terminar el trabajo. ¿Sensei estaba muerto? no, aún no, pero estaba condenado, podía sentirlo, ¡maldita sea, podía sentir como la vida se le escapaba! El sentido de la muchacha se nubló, la oscuridad ocupó su lugar.

Aunque lo intentase, jamás recordaría como aquella katana llegó a sus manos, sólo se recordaría a si misma avanzando a la carrera, decidida a matar a la bestia que le acababa de arrebatar lo único que le importaba de verdad: la persona que le había devuelto la humanidad.

Tendido en el suelo, si Alex hubiera podido pedir un deseo, sólo hubiera querido que chica lista se dirigiese a él antes de atacar a su verdugo. Sólo hubiera deseado haber podido "hablar" con ella antes de que ocurriese lo que debía haber previsto que ocurriría, y calmarla, convencerla de lo contrario, de que no era necesario tomar ese camino, que ahora era libre de elegir.

Y de paso... haberle sonreído una vez más.

Chica lista no se detuvo en su carrera, a su paso le saltó el hombre elegante tratando de bloquearle el paso, ella lo barrió del suelo y mientras caía, se inclinó en un grácil movimiento y lo atravesó con su arma; lo mató. Pero siguió adelante, el hombre elegante aún estaba frente a ella, a pocos metros, sonriendo, invitándola a acercarse. Entonces el hombre elegante la atacó por la espalda, clavándole un pequeño puñal, ella se giró, reconoció los ojos de loco del monstruo y aprovechando el ímpetu del giro y la

carrera, le destrozó la cara de un furioso puñetazo. El hombre elegante cayó al suelo, muerto.

Hasta una docena de hombres elegantes murieron en breves instantes, o al menos eran el hombre elegante en la mente de chica lista. Sin embargo, el verdadero Wellings no se había quedado a presenciarlo, sabía que había cumplido con su cometido.

Ella casi tardó una hora en recobrar la serenidad, vagando por el templo, ciega de ira, expuesta a la maldición y luchando por mantener, al menos, el control sobre su cuerpo.

Finalmente alguien se apiadó de ella y le otorgó una tregua permitiéndole recobrar la calma momentáneamente. Tambaleándose, exhausta por el esfuerzo físico, pero ante todo, derrotada, asemejaba un alma en pena, cargando con grandes bolas de plomo tras de sí, solo que no lastraban su cuerpo, sino su alma. Así regresó al pasillo donde había ocurrido todo.

Se inclinó ante el cuerpo de sensei, el ya no estaba allí. Chica lista lo abrazó, lo apretó con fuerza, en un último intento de robárselo a la muerte. Cerró los ojos con fuerza, en un gesto de dolor y rabia. Permaneció así unos instantes, hasta que lo dejó marchar, posó el cuerpo con delicadeza, recostándolo en el frío suelo de la mazmorra y pasó la mano con suavidad sobre sus ojos.

Aunque sensei ya no estaba allí, ella recibió el mensaje, un mensaje que el había conseguido transmitirle a pesar de todo. Sensei le decía: <<¡Nunca! ¡Escúchame! ¡Nunca perderás mi respeto!>>. Y sensei le sonreía, desde donde fuera que estuviese... le sonreía.

Ella vertió una lágrima sobre la mejilla de Alex, se restregó los ojos, sacudió la cabeza... pero no consiguió dejar de llorar.

Fuera, el templo negro ya no aparentaba tan amenazador, sino más bien inerte. Todo parecía en calma, era un tranquilo atardecer de primavera. Ni un solo sonido turbaba el plácido silencio, hasta que ella gritó.

Y fue un grito que lo llenó todo, fue un grito de rabia, de miedo, de dolor... pero sobre todo, fue un grito de pena...

En cientos de metros a la redonda, docenas de lobos aullaron al son del dolor de chica lista.

Recinto atemporal

Es difícil reconocer un lugar cuando el tiempo deja de existir en él. La mansión Wellings, o mejor dicho, una de ellas, se encontraba ahora en ese peculiar estado. No toda ella, claro está, la perturbación de congelar algo semejante implicaría graves consecuencias en el espacio-tiempo, pero sí gran parte del enorme salón victoriano. En este momento, si es que se puede denominar así, Anayla trataba de comprender mejor el plan del maquinador Kenneth Wellings.

-Conseguiste que sobreviviese, que los monjes no la tuvieran bajo su control. Con la ayuda de él hubieran salido del templo y dado una lección a la secta... pero tenías que imponer tu propio final. -Como tenía por costumbre, Anayla preguntaba sin preguntar.

-Escapar del templo sin permitir el ritual no era más que el primer escollo a salvar. -Wellings no se hacía de rogar, le encantaba dar fe de su propio ingenio- Ellos pretendían hacer que matase, que la maldición se avivase en ella, y antes de que despertase del todo, antes de que ella tuviese el control, sacrificarla a su diosa. No es algo que se planea en dos días, ni algo de lo que se vaya a desistir al primer fracaso. -Al villano no le impresionaba estar ante una antigua diosa, en una burbuja atemporal creada por un antiguo orbe todopoderoso, el hubiera mantenido la misma expresión y el mismo tono de voz aunque estuviera hablando con el mismo diablo.

>>Si Hush hubiera muerto en la primera emboscada, o al menos hubiera perdido el rastro de la chica... ella habría sido capaz de enfrentarse a todo el templo una vez que se hubiera visto obligada a matar, su adiestramiento habría sido suficiente. Pero él no se rindió, los "héroes" son una incógnita demasiado difícil de despejar de una ecuación. -El magnate estaba en pie, de espaldas a Anayla, no podía ver su expresión, pero podía adivinarla. Esta era una de las pocas cosas que le divertían, así que hizo una pausa dramática.

>>Llegó al templo, se infiltró e impidió que la muchacha causase su primera muerte, evitó que abrazase la maldición. Claro, habrían huido, habrían evitado a los sectarios... por el momento. Pero eso sería un cabo suelto, no es mi estilo dejar cabos sueltos. -Su interlocutora, aunque apenas tenía lazos ya con la humanidad, se molestó por la idea de considerar a las personas como objetos que manejar a su antojo.- Tarde o temprano ellos u otros habrían reaparecido, y quizá él no habría podido salvarla, quizá ella no sería tan fuerte como para evitarlos a ellos también. -La narración llegaba a su fin, Wellings se giró lentamente hacia su oyente.

>>Debía asegurarme de que abrazaba la maldición por completo, que la hacía suya, que controlaba su poder. Sólo así, incluso si alguien era lo bastante poderoso como para vencerla, la maldición moriría con ella en lugar de extenderse por todo Japón, y más tarde por todo el mundo. -Sonrió, o más bien mostró los dientes en señal de victoria. Si las actitudes oliesen, su arrogancia hubiera apestado toda la ciudad en aquel momento.

-Como siempre, tus métodos son repulsivos, pero me alegro de que al menos tu objetivo fuera noble. Cuando me pediste que pagara la deuda del orbe supuse que lo utilizarías para uno de tus egocéntricos planes en búsqueda de poder. -Otra pregunta, "¿por qué un monstruo como tú iba a preocuparse de lo que le pase a otra gente?"

-No te acostumbras a no saberlo todo, ¿verdad Reina Numm? -ella reprimió un gesto de asombro por oír su verdadero nombre, el volvió a hacer una mueca similar a una sonrisa- Entre toda esa gente afectada... digamos que ¿podía haber alguien que me interesase mantener a salvo?

Anayla desconecto su mente por unos momentos, escrutando el horizonte, como si estuviese consultando una enorme base de datos. Entonces, por un instante esbozó una expresión de perplejidad.

-Tetsuo Wong. -Wellings asintió levemente. En realidad estaba considerando la posibilidad de tener acceso a aquella misma base de datos. Ya que callaba, ella continuó, aunque sin convicción.- Aún así... lo salvaste a él, sigue siendo un acto bondadoso... -frunció el ceño, Wellings y bondadoso no eran dos palabras que cuadrasen en la misma frase.

-Vamos, reina... no seas ingenua. -el villano tomó asiento en su enorme sillón giratorio, con parsimonia- Michael wong no es más que un instrumento de precisión, una herramienta considerablemente cara y difícil de sustituir... no le tengo más aprecio que el de un orfebre hacia su mejor martillo, perfectamente equilibrado. -hizo girar su asiento, mirando de nuevo en dirección opuesta a la hechicera, de modo que no pudo ver su gesto de asco. Anayla también se volvió, flotó suavemente hasta el orbe, que descansaba en una mesita y lo contempló.

-No puedes imaginar el alivio que representa haber saldado mi deuda, Wellings. Espero que nuestros destinos no vuelvan a cruzarse jamás. -se fundió con el orbe, ambos desaparecieron.

La burbuja temporal se deshizo. Wellings no le prestó atención, se había servido una copa de vino y estaba saboreando su primer sorbo. Al fondo, una puerta lateral se abrió, alguien surgió de ella, alguien que sólo estaba de paso.

-Buenos días doctor Wong, ¿le apetece una copa? -El pequeño hombre lo observó como quien encuentra una nueva raza de perro en la calle.

-No, no... tengo trabajo que hacer.

-Por supuesto... -murmuró Wellings mientras admiraba el olor de su Gran reserva, al tiempo que esbozaba una sonrisa autosuficiente- ...tiene trabajo que hacer...

Steel Canyon, Paragon City, 2005

"A veces miro a chica lista, y ella me mira a mí, y veo en sus ojos brillantes una esperanza, un rayo de luz que me hace ver con claridad que siempre, hasta ahora, he estado solo. Y sólo ahora lo entiendo. Y sólo ahora he dejado de estarlo."

Ella no podría ser más hija mía si fuera mi hija. No podría ser más mi hermana si lo fuera, y es tan amiga mía como puede y sabe serlo. Antes me preguntaba si ella sentía lo mismo por su viejo y cansado sensei, pero hace tiempo que sé que es así. Puedo leerlo en esos ojos oscuros igual que ella lo ve en mis leves sonrisas.

Por fin la soledad está olvidando mi nombre. Y el suyo."

Meyko cerró el amarillento y ajado cuaderno sin que su frío semblante cambiara un ápice. Sin embargo, chica lista, esa otra persona que se escondía en algún recóndito lugar de aquel cuerpo dominado por la oscuridad, en alguna parte, esbozó una amarga sonrisa. "No olvides", rezaba la portada.

Levantó la mirada del cuaderno y lo guardó con cuidado en la misma funda en la que lo había estado cuidando con mimo quinientos años, y luego miró calle abajo, de donde provenía el sonido de la pelea.

Hush no sabía cómo había ocurrido. Había sido demasiado rápido. Un momento estaba peleando y, al siguiente, los cinco tipos que combatía eran cadáveres, desangrándose en el suelo. Y ni siquiera su sexto sentido le había advertido nada. Se limitó a ponerse en guardia hacia donde suponía que estaba el asesino que en unos segundos, súbitamente, había barrido a aquellos delincuentes.

En la misma oscuridad, dos ojos tan negros, y brillantes como la luna llena, se dibujaron lentamente y se acercaron a él. Una chica de aspecto oriental, con un traje igual de negro y una katana manchada de sangre, llegó tras ellos, con una bolsa de piel en la mano libre. Su gélida mirada se clavó en la de Alex, escrutándole, como si supiera quién era el hombre que se ocultaba tras la capucha escarlata.

La asesina movió los labios con claridad, para que pudiera leerlos. Ella sabía que era sordomudo.

<<Tú no me conoces. Pero somos viejos conocidos.>>

Alex quedó totalmente paralizado ante la extraña.

Chica lista, esa pequeña porción de la joven vulnerable y asustadiza que había despertado en el Filo del Mar quinientos años antes, deseaba con todas sus fuerzas lanzarse al cuello de su sensei, abrazarle y hacerle su particular saludo, mostrándole la lengua. Pero Meyko, mucho más fuerte, la despiadada mujer que era ahora aquella niña, simplemente se quedó quieta.

Chica lista quería, deseaba hablarle de cómo había vivido. De cómo le había llorado, y de cómo no le había olvidado ni siquiera cuando las tinieblas se apoderaron de todo lo que conocía y dominaron casi todo lo que hacía. De cómo había aprendido inglés, cómo había dedicado cientos de horas a leer el diario de su maestro, cómo había llegado a Paragon City, cómo le había buscado. Y quería darle su diario haciendo una reverencia totalmente correcta. Pero Meyko simplemente se acercó lentamente a Alex y le tendió la bolsa con un parco

<<nos veremos>>. Después, dio media vuelta y se alejó en la noche.

Meyko era una curtida superviviente, una guerrera desterrada, una cazadora solitaria que había visto las peores cosas de este y otros mundos, y había salido airosa. Un alma que cargaba con la mayor de las maldiciones desde el día en que perdió todo lo que realmente le importaba.

Chica lista sólo era una leve lágrima deslizándose, quizá por última vez, por el corazón de aquella mujer.

FIN